



## Viernes Santo 2021

La narración de la pasión en el Evangelio de Juan se comprende mejor a partir de las siguientes afirmaciones del evangelista.

La primera afirmación se refiere a la misión de Jesús como obra del amor del Padre: *“Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna”* (Jn 3,16). Por tanto, la pasión de Jesús no es sólo la expresión del amor de Jesús a los hombres hasta el extremo (cf. Jn 13,1), sino también la revelación del amor eterno y misericordioso del Padre.

La segunda afirmación expresa la libertad de la entrega de Jesús a la muerte: *“Yo soy el Buen Pastor...; yo doy la vida por las ovejas. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla”* (Jn 10, 14.15.18).

Y la tercera declaración se refiere a la conciencia de Jesús sobre su propia pasión como la hora de su glorificación. *“Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre”* (Jn 12,23)... *“Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”* (Jn 12,32). Jesús da gloria al Padre entregando su vida, para que dé fruto en los que el Padre le ha dado, a los que ama más que así mismo: *“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará”*. (Jn 12, 23-26).

La entrega libre de Jesús a la muerte por amor es el camino de su glorificación, porque así desarrolla su perfecta identidad con el Padre, que es amor; y a sus discípulos nos propone seguir ese mismo camino. A quien libremente le siga, le promete recibir con él la honra del Padre y el mismo lugar en su gloria.

En consecuencia, el evangelista Juan no considera la muerte de Jesús como resultado de casuales circunstancias sociales, religiosas o políticas. Los cálculos políticos de Caifás y de Pilato fueron determinantes de la condena de Jesús, pero ambos fueron meros instrumentos externos para la realización del plan de Dios y para hacer posible la libre entrega de Jesús a la muerte.

Esta comprensión del significado de la muerte de Jesús es una clave necesaria para leer el relato de la pasión en el evangelio de Juan. El evangelista hace un relato de los hechos de la pasión iluminados por la fe en la resurrección, y los muestra como fiel cumplimiento del designio de Dios anunciado mucho tiempo antes en la Sagrada



Escritura. De forma explícita se refiere estas profecías: *“Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica”*; *“no le quebrarán un hueso”*; *“mirarán a que traspasaron”*.

El Evangelio de Juan comienza el relato de la Pasión con la escena del prendimiento en el huerto de los olivos, pero no hace referencia a la angustiada oración de Jesús. Por el contrario, Jesús aparece como Señor ante sus perseguidores. Les sale al encuentro sin temor preguntando dos veces: ¿A quién buscáis? Y confiesa: “Yo soy” Jesús el Nazareno, a quien buscáis. El evangelista aclara que al decir Jesús: “Yo soy”, retrocedieron y cayeron a tierra. Con este gesto habrían reconocido a Jesús como el Mesías.

“Yo soy” es la respuesta con la que Jesús se manifiesta a la samaritana como el Mesías (Jn 4, 26). Y el evangelista concluye la narración de uno de los diálogos de Jesús con los judíos incrédulos de esta manera: *“Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que “Yo soy”, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado”* (Jn 8, 27-28). En este texto, la expresión “Yo soy” pone a Jesús en una relación directa con el Padre, en cuyo nombre habla y actúa. Y, de hecho, los adversarios de Jesús interpretan desde el principio que al llamar a Dios Padre suyo, se hace igual a Dios (cf. Jn 5, 18). Y por ello lo considerarán blasfemo y reo de muerte.

También la segunda parte de la escena del prendimiento muestra la serena libertad de Jesús y su actuación en conformidad con el designio del Padre. *“Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos”*, dice Jesús, porque no quiere perder a ninguno de los que el Padre le ha encomendado salvar. Sólo a Jesús le ha pedido el Padre dar la vida por sus ovejas. Y él debe beber el cáliz que le ha dado su Padre; es decir, debe mostrar en “su hora” decisiva que su alimento es hacer la voluntad del Padre. Por eso ordena a Pedro: *“Mete la espada en la vaina”*.

Ante la pregunta de Pilato, Jesús confiesa su condición de rey: *“Tú lo dices: soy rey”*. Pero aclara que su reino *“no es de este mundo”* (Jn 18, 36) y tiene como contenido la verdad: *“Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad: Todo el que es de la verdad escucha mi voz”* (Jn 18, 37).

El Reino de Jesús no es de este mundo; pero Pilato ha recibido de lo alto, es decir, de Dios, la autoridad de soltar o crucificar a Jesús. Y Jesús añade esta enigmática conclusión: *“Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor”*. Quienes lo han entregado son los sumos sacerdotes y sus guardias. Ellos son los que gritan: *“¡Crucifícalo, crucifícalo !”* de forma reiterada. Y ellos son quienes al final de su insistente chantaje a Pilato, con la prueba de su fidelidad al César, se atreven a declarar: *“No tenemos más rey que al César”*. Es muy probable que el “pecado mayor” que Jesús les atribuye sea esta radical negación de Dios como rey de Israel, que constituye el centro de la tradición religiosa del pueblo elegido. Para crucificar a Jesús por blasfemo cometen un pecado de apostasía de la fe en el Dios de la Alianza.



En el diálogo con Pilato, las autoridades religiosas judías exigieron la muerte de Jesús según su Ley, *“porque se ha declarado Hijo de Dios”*. *“Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó más”*, se interesó por el origen de Jesús y trataba de soltarlo. Pero el temor religioso de Pilato quedó sofocado por su escepticismo sobre la verdad. Sus intentos de soltar a Jesús no brotaban de una firme convicción moral; y su débil sentido de justicia cedió ante los intereses del político pragmático, que no está dispuesto a asumir riesgos personales en su carrera

El amor del Hijo de Dios hasta el extremo se manifestó también entregándonos en la cruz, poco antes de morir, todo lo que tenía más entrañado en el misterio de su propia vida: su madre virginal y su espíritu.

Y como preparación de la entrega de su espíritu, el Evangelio de Juan nos transmite las dos últimas palabras dichas por Jesús, para que se cumpliera la Escritura: *“Tengo sed”*, y *“Está cumplido”*.

La sed corporal de Jesús era el resultado obvio de su cruel agonía en la cruz. Pero tiene un significado espiritual en todo el marco espiritual y simbólico del Evangelio de Juan. En la escena de Jesús y la Samaritana, Jesús, cansado del camino, estaba sentado al mediodía junto al pozo de Jacob y le dice a una mujer de Samaría que llega a sacar agua: *“Dame de beber”*. Pero a continuación aclara: *“Si conocieras...quién es el que te dice dame de beber, le pedirías tú y él te daría agua viva”*. Le habla de un agua que quita la sed para siempre, porque *“se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”*. Al final del diálogo sobre la vida y las dudas religiosas de la mujer, que espera la venida del Mesías, *“que nos lo dirá todo”*, *“Jesús le dice: Soy yo, el que habla contigo”*.

Junto al pozo de Jacob, el deseo de beber de Jesús ya significaba el deseo de dar de beber agua viva. La sed de Jesús parece apagarse cuando él se proclama fuente de agua viva y abre a la promesa del don del Espíritu. La semejanza con las palabras en la cruz nos permite interpretar que la sed de Jesús es también sed de entregar el espíritu, ya en la misma hora extrema de la cruz, que pone el sello al cumplimiento de su obra. Ya puede decir: *“Esta cumplido”*. *“E inclinando la cabeza, entregó el espíritu”*.

En el mismo sentido nos orientaba la solemne proclamación de Jesús en Jerusalén en la fiesta de los Tabernáculos: *“El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: ‘El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: de su entrañas manarán ríos de agua viva’”*. *“Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él. Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado”*.

Jesús, glorificado desde el momento de su muerte en la cruz, *“entregó el espíritu”*. Esta formulación, más general que la de Lucas: *“Padre, a tus manos”*



Carlos López Hernández

*encomiendo mi espíritu*” (Lc 23,46), ha permitido a los Padres de la Iglesia interpretar que Jesús entregó el espíritu no sólo a su Padre, sino también a todos aquellos por los que el Padre le había enviado a morir en la cruz, es decir, a toda la Iglesia, nacida como nueva Eva del costado del nuevo Adán dormido en la cruz; a toda la Iglesia, representada en el agua y la sangre, que brotaron de su costado traspasado por la lanza del soldado, como signos del bautismo y la eucaristía. El agua manada del costado de Jesús es el río de agua viva, símbolo del don de su Espíritu.

La sed de la que habla Jesús es una sed existencial que solo podremos saciar orientando nuestra vida hacia la suya. Tener sed es tener sed de él. Somos, pues, llamados, a salir de nosotros mismos y buscar en Cristo el agua que sacia nuestra sed. La Iglesia es reavivada de forma permanente por la sed saciada por el Espíritu derramado desde el costado traspasado de Cristo.

La sed de Jesús en la cruz nos llama a comprender la sed que anida en lo profundo del corazón humano y a procurar saciarla. La sed de Jesús responde a la sed de Dios, a la falta de sentido y de verdad, al deseo que subsiste en todo ser humano de salvarse, aunque se trate de un deseo oculto o soterrado por los escombros existenciales de una cultura en proceso de demolición. Por ello, aquel “*¡Tengo sed!*” (Jn 19,28) proclamado por Jesús tiene que constituir un verdadero programa de evangelización para la Iglesia de todos los tiempos, y particularmente del nuestro.

Para ello, permanecemos en adoración de la Cruz, en la meditación de su pasión, mirando con ojos de amor al que por nosotros traspasaron.

Catedral Nueva, 2 de abril de 2021